19. Con el Corazón de Cristo

¿Ad quid venisti? ¿Por qué hemos venido? ¿Por qué nos encontramos en la forma de vocación a la que hemos sido llamados? Hemos venido porque hemos sido llamados a estar con Cristo, a estar con Aquel que nos da la vida en verdad y plenitud. Hemos venido y permanecemos verdaderamente solo por Él, que está aquí con nosotros, y para que Él, acogido por nosotros, pueda estar con todos, llegar a todos con su presencia que da vida a cada criatura humana que le espera desde lo más profundo de su desolación.

Cristo está con nosotros en la Iglesia, en los sacramentos, en nuestra comunidad, en su palabra, en los hermanos y hermanas necesitados, en la relación de amistad, única y misteriosa, que Él cultiva con cada uno de nosotros. La compañía que nos ofrece el Señor, el hecho de que esté siempre con nosotros, es una gracia infinita, que no tiene límites ni comparaciones. No podemos vivir nada más grande, bello, alegre, profundo, intenso e iluminador que estar con Él, que vivir en su presencia, que nos mira, nos habla y nos ama.

San Benito ardía en esta conciencia, y por eso insiste en que no prefiramos nada al amor de Cristo (cf. RB 4,21), en que no tengamos nada más querido que Cristo (cf. RB 5,2), en que no prefiramos absolutamente nada a Cristo (cf. RB 72,11). Para él, la vida monástica, la vida cristiana, es un continuo reconocer a Jesús presente, siempre, en todos, en todas partes, en cualquier circunstancia. Un «reconocer» que es un «permanecer ante Él». Tendría que citar toda la Regla para ilustrar esta insistencia.

Pero, ¿por qué, entonces, estamos tan distraídos de la presencia de Jesús? ¿Por qué nos olvidamos de Él? ¿Por qué pensamos en otras cosas o en otras personas? ¿Por qué, al hacer todo, al vivir todo, al encontrarnos con todos, no pensamos en Él, no mantenemos el corazón unido a Él, que ya está aquí con nosotros?

Sin duda, esta tendencia a distraernos de Cristo presente en nosotros es fruto de nuestra condición de pecadores. Pero precisamente por eso vino Jesús: para salvarnos de ello se hizo hombre y habita entre nosotros, en nosotros. ¿Cómo podemos abrirnos verdaderamente a esta salvación? Si Jesús está presente precisamente para salvar nuestra vida de la inconsistencia, ¿por qué nos dejamos salvar tan poco? ¿Qué debemos hacer para contrarrestar esta corriente de distracción, de olvido, de superficialidad que hace que nuestra vida, nuestras relaciones, lo que pensamos, decimos y hacemos, así como el testimonio de nuestra persona y de nuestras comunidades, sean superficiales e inconsistentes?

Quizá sea porque no experimentamos hasta el fondo la presencia de Cristo en nuestra vida, ni su valor, ni su belleza y bondad, ni cómo el estar con Él cambia nuestra vida, nos hace bien, nos transforma, nos hace mejores, nos hace santos.

Cada vez que se les aparecía el Resucitado, los discípulos se daban cuenta de que Él ya estaba presente antes de verlo, antes de reconocerlo. Y, sin embargo, incluso así percibían hasta qué punto su presencia llenaba de sentido y luz sus vidas: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?», se dicen los dos

discípulos de Emaús (Lc 24,32) . Su corazón percibía que el encuentro con Jesús no solo nos llama a escuchar sus palabras, a sentirnos bien en su compañía, a tener fuerza y energía para realizar buenas obras: *nos llama a tener un solo corazón con Él*.

Un amigo me propuso otra interpretación de la frase escrita en la puerta entre el claustro y la iglesia de Chau Son Nord, VOLO TECUM; una interpretación que traduce las dos palabras sin dar por sobreentendido el verbo «ser» o «estar». Entonces, la frase significaría simplemente: «Quiero contigo», es decir, que el deseo último de nuestra búsqueda de la presencia de Cristo es que podamos unirnos a Él tan profundamente que queramos con Él, que unamos nuestra voluntad a la suya, nuestra libertad a su libertad, nuestro amor a su amor.
En el fondo, se trata de expresar un acto de obediencia tan radical que no solo hacemos lo que Cristo quiere, sino que unimos nuestra voluntad a la suya, de modo que no queramos otra cosa que lo que Él quiere, no elijamos otra cosa que lo que Él elige, no amemos otra cosa que lo que Él ama, y no amemos de otra manera que como Él ama. Pablo diría: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2,20). VOLO TECUM describe, pues, *una coincidencia de nuestro corazón con el Corazón de Cristo*.
De hecho, san Pablo escribe a los Corintios: «Quien se une al Señor forma con él un solo espíritu» (1 Corintios 6,17).

Precisamente por eso el Señor nos ha llamado y hemos venido allí donde se nos pide que le sigamos: para que, en nosotros, el estar con Él pueda alcanzar la perfección de la comunión de los corazones, la comunión de su Corazón herido por el amor con nuestro corazón herido por la miseria del pecado. El Corazón de Cristo es un fuego inextinguible de amor eterno que, al unirse a nuestro pobre corazón, consume toda su miseria. Pero Jesús no consume nuestra miseria solo para eliminarla, como cuando se queman las malas hierbas o los residuos. El amor de Cristo es un fuego que quema nuestra miseria transformándola en amor.

Esto es lo que hizo el Resucitado en Pedro al preguntarle tres veces: «¿Me amas?»: transformó toda la miseria de su negación, de su fragilidad y de su infidelidad, en comunión de amor entre sus corazones. Y esta comunión de corazones se convirtió inmediatamente para Pedro en la fuente inagotable de su misión: «¡Apacienta mis ovejas!» (cf. Jn 21,15-19).

Esta gracia de poder querer y amar con Él, el Señor nos hace pedirla cada día al Padre: «Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra» (Mt 6,10). Y María nos es dada como Madre de esta profunda comunión, porque en Caná y al pie de la Cruz nos pide que obedezcamos al deseo de Jesús de salvar nuestra comunión nupcial con Él: «Haced todo lo que Él os diga» (Jn 2,5).

VOLO TECUM. Estamos llamados a corresponder desde lo más profundo de nuestro corazón a la presencia ya donada de Aquel que murió y resucitó por nosotros. Entonces, el deseo universal de felicidad encuentra su plenitud y su descanso en el Señor, que entra en nuestra vida, en nuestras comunidades, en el mundo, para llevarnos consigo, hoy y para siempre, al paraíso de su Amor.